



Lila Caimari (2017), *La Vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 145 pp.

Martín Albornoz*

Las vivencias del archivo forman parte de cualquier conversación entre historiadores. A veces se vinculan con una investigación en marcha. Un hallazgo confirmatorio o la inesperada aparición de una pieza que obliga a replantear lo que se creía casi demostrado. Otras vivencias, sin ser específicas de los historiadores –cualquiera que haya navegado a diario por los meandros burocráticos puede tenerlas– también hacen a su labor. Por ejemplo, los peculiares vínculos que se establecen entre investigador y archivista. En un misma escena se puede escuchar sobre los agrios reproches de un bibliotecario al frente de un archivo gremial enojado con la joven historiadora que no pudo llegar a la cita pactada o sobre un agente de policía, custodio de un invaluable fondo de prontuarios, que fumando insiste al investigador en servirle café entre documentos de 1900. Las sensaciones físicas también ingresan al repertorio. Se ha oído hablar de que tras muchas horas frente a un lector de microfilms ataca un deseo irrefrenable de comer. Algunas vivencias son menos rutilantes. Son íntimas, como la maña adquirida para reconocer la caligrafía de un funcionario estatal de fines de siglo XIX o la fascinación silenciosa que producen las “primeras veces del pasado” frente al helado, la fotografía o al ferrocarril. El alivio irrumpe al referir la serena experiencia de trabajar en un archivo bien organizado y con personas idóneas al frente. El tedio hace lo suyo, tras una extensa jornada, en la cual lo que se esperaba encontrar no aparece.

* Instituto de Altos Estudios Sociales, Univ. de San Martín – CONICET. Contacto: martinalbornozc@gmail.com

Estos ejemplos, a los que podrían sumarse tantos otros, pese a ser constitutivos del oficio, extrañamente se hacen presentes en la escritura o la reflexión histórica. Dan forma sí a un frondoso anecdotario al que, eventualmente, una metáfora de arquitectura hogareña les asigna, en coloquios y congresos, el lugar de la "cocina de la investigación". Pero aun en esos encuentros se suelen omitir los pasos previos y la implicancia que tiene la fase de acopio documental para el desarrollo de una pesquisa. Justamente, el propósito de Lila Caimari en *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos* es restituir e iluminar esas experiencias que pese a la singularidad de su vivencia son compartidas por cualquiera que se dedique a la investigación histórica. En otras palabras: colocar en primer plano lo que de hecho está en el inicio. El horizonte de expectativa que anima al libro no es tanto abordar el examen del espacio archivístico en sí, ese ámbito especializado que tiene a sus expertos, sus debates, sus técnicos y sus políticas de preservación y acceso. Tampoco denunciar el agobio que produce la carencia recurrente de esos expertos y esas políticas. Es más acotado, aunque no por eso más simple. De lo que se trata, para Caimari, es de poner en escena "los rastros de la experiencia de investigación", de "desandar la senda de la adaptación direccionada de los materiales, de procesamiento y repliegue en el argumento, es poner por delante la fase más primaria, de acopio y contacto físico; detenerse en el momento más sucio (menos brillante) del trabajo de la historia" (p.15).

Por la heterogeneidad de esa experiencia el libro es difícil de catalogar. Intercala e hibrida diversos géneros. Los textos que le dan forma, de extensiones y tonos disímiles, transitan el diario de viaje, el cuaderno de notas, la ego-historia, la apostilla, la simple evocación, la disertación académica y el ensayo sobre las transformaciones casi antropológicas que implica la generalización de dispositivos técnicos en la forma de estudiar el pasado. También puede leerse como la historia de la consolidación de un campo de estudios, el de la historia de la cuestión criminal en Argentina, y la colocación –en tanto que testigo y artífice– de la propia Caimari dentro de él. Pero también el de las variaciones temáticas y la ruptura de las ligazones que anudan al historiador con un único objeto de estudio. Incluso, a pesar de la autora, es posible detectar algunas pistas y guiños metodológicos. El punto común de todos los capítulos es la remisión a una suerte de caos primigenio que surge del encuentro con los documentos en archivos diversos. También la evidente elección por sostener la narración en una inusual, dentro de la disciplina histórica al menos, primera persona.

En el primer capítulo, "Entre el panóptico y el pantano. Avatares de una historia de la prisión argentina", el descubrimiento casi casual con una fuente en la New York Library se transforma en la vía de ingreso a una zona del pasado casi inexplorada. En ese recorrido, siempre sostenido en la propia experiencia, emergen una red de temas. Algunos, la perspectiva de género para analizar el castigo en las mujeres, apenas se llegan a esbozar. Otros, el estudio de la criminología, la prisión o los imaginarios punitivos se convierten en robustos temas de investigación. La narración siempre está acompañada por el relato sobre la construcción

del corpus y por los ajustes teóricos. En este sentido, resulta particularmente productiva la discusión sobre los usos y apropiaciones de la obra de Michel Foucault en las ciencias sociales de estas latitudes. Frente a los férreos marcos interpretativos que surgen de la aplicación acrítica de los postulados del filósofo francés, Caimari apuesta a “cierta inocencia prefoucaultiana” como condición para recuperar sentidos más abiertos y matizados sobre el significado y prestigio de la ciencia criminológica en el paso del siglo XIX al XX (p.41). Esos movimientos, como otros, por ejemplo, la atención brindada a Pietro Gori, anarquista y criminólogo, implican una revalorización de las zonas grises. Merecería entrar al decálogo de la buena historia la afortunada frase con la que Caimari resume parte de las intenciones del apartado: “el desenmascaramiento de lo obvio no constituye una agenda de investigación” (p.30).

La vida en el archivo tiene momentos menos reposados. Todo un segmento del libro está dedicado a ellos. En los capítulos “Ver o no ver” y “Escenas del archivo policial” la incertidumbre aflora frente a una puerta que puede tanto abrirse como no. Sobre cuáles son los pasos adecuados, los yerros potenciales y las interacciones inciertas. Ese tándem “ver y no ver” se vuelve particularmente álgido para aquellos cuyos objetos de interés están bajo resguardo de las instituciones que se investigan, muchas veces agencias estatales. Por ejemplo, el servicio penitenciario o la policía. Para hacerles frente, Caimari recupera los saberes adquiridos y explora sus propias posibilidades. Tanto el nombre clave que hay que pronunciar o el gesto disruptivo que hay que evitar forman parte del *savoir faire* de historiadores e historiadoras tanto como actualizarse sobre los debates historiográficos de su área.

Estos primeros capítulos tienen una significación particular en la medida en que enlazan con la propia obra de Caimari. A partir de elecciones, desvíos, renunciadas, marchas y contramarchas, tensiones teóricas e inmersiones físicas en los archivos se puede desandar el camino que fue vertebrando la investigación de *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955* y la deriva que llevó a *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, libros clave de la historiografía argentina de los últimos años, publicados también por Siglo XXI en 2004 y 2012 respectivamente. Sin embargo, *La vida en el archivo*, puede leerse como una pieza autónoma en la que las huellas de una investigación pretérita se funden con las insinuaciones de la investigación por venir.

El capítulo “Archivos del crimen y giro digital” propone una aguda reflexión sobre las variaciones en los usos del archivo a partir de las transformaciones materiales en los modos de reproducción y circulación de los documentos. En un primer momento, centrándose específicamente en la historia de la “cuestión criminal”, se pasa revista al impacto que produce en la investigación la apertura de los repositorios de la policía, la justicia o el sistema penitenciario. En un segundo momento, emergen los desafíos que plantean la incorporación de la tecnología,

la proliferación de bases digitales y la reproducción técnica de fondos documentales. No se traza entre ambos momentos una línea evolutiva, sino que vislumbra la coexistencia de modalidades de aproximación al archivo. En ese camino fluido que va y viene de un estado al otro emergen las figuras del "investigador detective", "el investigador héroe" o "el investigador privilegiado" que frente a la adversidad esgrime ingenio, tenacidad y solidaridad de grupo. Pero también, el "investigador abrumado" aquel que gracias al avance de los dispositivos técnicos dispone de fuentes eventualmente ilimitadas. Lejos de la celebración acrítica o de la lamentación nostálgica por la pérdida del aura del archivo físico, Caimari observa las señales del cambio y destaca las implicancias que tiene para la investigación. También advierte sobre los efectos de vaporizar la materialidad del archivo que, en casos como el de las fuentes policiales o penitenciarias, no es accesoria a su valor para interpretar el pasado.

Reflexionar sobre los avatares de una nueva indagación histórica, en un contexto novedoso, remite también a los rastros e intuiciones pretéritas. "Fugas", en media página, instala el interrogante: "qué hacer con esos retazos que quedaron sin usar" (p.85); "Beaubourg y Science Po" se retrotrae al momento en el cual la trayectoria personal se entremezcla con la experiencia de la migración académica a París. En "Partículas" se funden ambos momentos en tiempo presente. Un cuaderno da la pista sobre cómo se llegó a la sala de consultas de los Archives Nationales de France. En los márgenes de lo que fue la investigación sobre periodismo policial una nota interrogando sobre la circulación internacional de noticias da la clave. A partir de ahí, Caimari reconstruye los hilos de una investigación en marcha y sobre la puesta en funcionamiento del "modo archivo". Una búsqueda en internet, la recolección de bibliografía sobre un campo en desarrollo y la inmersión archivística.

Luego del capítulo "Todos los nombres", donde se observa la potencialidad que contiene un catálogo de legajos judiciales disponibles en el Archivo General de la Nación, el libro cierra con "Diario de la hemeroteca" que es lo que su nombre indica: una serie de notas sobre un fragmento de la vida cotidiana de una historiadora contada en primerísima persona. Esa voz singular describe vivencias, impresiones, dudas, espacios de tránsito de Biblioteca Nacional, un coloquio en Córdoba, entre otras cosas.

La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos no es un libro propositivo. No es un manifiesto y no invita a que los historiadores y las historiadoras repliquen el experimento. Nada más distante de un manual o de erigirse en libro guía. Sin embargo, en su interés por mostrar al historiador tanto en su punto de ebullición, como en sus momentos más reposados, es una invitación a desnaturalizar un oficio sobre el cual se cierne el peligro de la estandarización y la cuantificación. También muestra, frente a esa estandarización y esa cuantificación, el deseo de encontrar un tono particular, preocupación evidente, y estimulante, para quien conozca la obra de Lila Caimari. En su manifiesta intención de narrar la vida

cotidiana de la historia, a su modo, Caimari plantea el interrogante del escritor francés Georges Perec sobre los vínculos entre literatura y vida. En palabras de Perec, pregunta que sobrevuela todo el libro, sería: "cómo hablar de estas cosas comunes, cómo hacerlas salir, arrancarlas del caparazón al que están pegadas, cómo darles un sentido, una lengua: que finalmente hablen de lo que existe, de lo que somos".¹

Bibliografía

Perec, Georges (2013), *Lo infraordinario*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

¹ Perec, 2013: 15.